

Dos generales, republicanos y masones, piezas claves en el éxito del Alzamiento

EL 3 de julio de 1936, don Juan Lluhi Vallescá, ministro de Trabajo en el Gobierno de Casares Quiroga, dicta un laudo tratando de resolver la huelga madrileña de la construcción. La disposición eleva a 12 pesetas diarias el salario de los obreros y disminuye la duración de la semana de trabajo. La Orden recoge buena parte de las aspiraciones de los huelguistas, pero llega demasiado tarde. Lo que a primero de junio puede solucionar el conflicto, sirve de poco treinta días después. Cinco semanas de lucha enconada han endurecido las posiciones de las partes en litigio, dando un carácter eminentemente político a lo que en principio eran cuestiones puramente laborales.

Contra el parecer de buena parte de sus afiliados, la UGT acepta el laudo, impulsada por razones políticas. Pero la patronal, embarcada de lleno en la campaña de agitación que sirva de justificación al golpe en perspectiva, se muestra contraria, y la CNT, que recoge el reto lanzado por sus adversarios de clase, decide continuar el paro, previa consulta a los trabajadores interesados. En el solar del colegio de Maravillas, de Cuatro Caminos, celebran una gran asamblea los huelguistas, a la que no sólo acuden los trabajadores confederales, sino también los ugetistas y los independientes. Todos pueden exponer libremente su opinión, y lo hacen cuantos desean hablar. Pero quienes se expresan con mayor vigor y elocuencia son dos albañiles y un fontanero —Cipriano Mera, Teodoro Mora y Antonio Vergara—, bien conocidos por sus oyentes, quienes abogan por seguir la lucha contra la patronal, al mismo tiempo que ponen sobre aviso a sus compañeros acerca del gravísimo peligro de una inminente intentona reaccionaria, que el Gobierno no hace nada eficaz por impedir y aplastar. (Dentro de quince días, cuando se materialice el intento anunciado, Mera y Mora estarán en la cárcel, de donde saldrán para empezar a combatir con las armas en la mano; uno llegará a mandar

un cuerpo de Ejército republicano y el otro morirá en el mes de septiembre peleando en la sierra de Gredos; Antonio Vergara, por su parte, perecerá fusilado en Mallorca —donde ha sido enviado por su organización— antes de finalizar el mes de julio que ahora comienza.)

Iniciada el 1 de junio, la huelga madrileña de la construcción tiene en su origen un carácter laboral. Los trabajadores piden un aumento

paro forzoso. La patronal, que espera vencer por hambre a los huelguistas, se niega a discutir siquiera sus peticiones. Los trabajadores se mantienen firmes a costa de enormes sacrificios y la huelga se extiende a medida que el paro afecta a las industrias auxiliares de la construcción. Si al principio son 40.000 los obreros parados, cuarenta días después sobrepasan los 100.000.

organizaciones obreras, y grupos de pistoleros disparan alternativamente contra trabajadores ugetistas y confederales. Pero los obreros descubren sin dificultad de dónde proceden los tiros y responden en forma adecuada a la agresión de los pistoleros y sus mandatarios. Pese a todo y a todos —sin excluir al Gobierno, que cierra los locales obreros y encierra a sus militantes—, la huelga prosigue sin desmayos hasta el mismo 18 de julio. En su conjunto constituye una señalada victoria del espíritu combativo y revolucionario de la Confederación Nacional del Trabajo.

Eduardo de Guzmán

de los salarios proporcionado a la elevación del coste de la vida, la supresión de horas extras y del trabajo a destajo, amén de una reducción de la jornada a fin de dar ocupación a los millares de obreros de la industria que llevan meses en

Algunos obreros, movidos por la necesidad, quieren volver al trabajo al cabo de unas semanas de huelga, y se producen choques con los que continúan en paro. Hay entonces quienes pretenden aprovechar la oportunidad para enfrentar a las

La presunta revolución comunista

Pero si la huelga de la construcción y la serie de atentados relacionados con ella alteran en repetidas



Mola se pondría al frente de los preparativos por atraerse a personas, sectores o partidos que, sin excesivo entusiasmo por la realza, están abiertamente en contra de la situación frentepopulista.



En la llamada "Información confidencial número 2", cuya autenticidad ha sido desmentida por los historiadores, se hablaba de Largo Caballero como presidente de un Soviet nacional. Sobre estas líneas, el dirigente socialista abrazado por una militante durante un desfile de primero de mayo.

ocasiones la tranquilidad de la vida madrileña en unos meses agitados y críticos, nadie puede confundirla con la supuesta conjura comunista que, según una propaganda unilateral e interesada, sirve de justificación moral plena del Alzamiento y de sus dolorosas consecuencias.

Durante largos años se ha sostenido oficialmente, sin tolerarse la expresión de pareceres discrepantes, que la finalidad básica y fundamental del Movimiento Nacional estriba en anticiparse a una revolución comunista a punto de estallar que habría de terminar con la independencia de España y la esencia misma de su personalidad histórica. Dicha revolución, acerca de la cual se ofrecían toda clase de detalles, había sido planeada por la III Internacional, en estrecha colaboración con las organizaciones masonicas europeas; contaba con la complicidad y el apoyo del Gobierno de Frente Popular —tanto si lo presidía Azaña como si a su frente aparecía cualquier otro político republicano o socialista— y debía comenzar en la primavera o el verano de 1936.

Esta pretendida y abortada revolución comunista ha sido negada sistemáticamente por todos los presuntos complicados en ella, utilizando argumentos de indudable fuerza. Si a Rusia no podía interesarle un estallido sovietizante en España, cuando tan necesitada estaba de las simpatías de Inglaterra y Francia para hacer frente a la amenaza de Hitler, el Partido Comunista carecía de la fuerza precisa para poder soñar en asaltar el poder, en lucha no sólo con las derechas, sino también con casi to-

das las izquierdas nacionales. Por otro lado, ni los republicanos de Martínez Barrio, ni los de Azaña, Companys o Miguel Maura, simpatizaban demasiado con los comunistas, ni estaban dispuestos a hacerles el juego. Algo parecido sucedía con los socialistas de Prieto, Besteiro o Fernando de los Ríos. Ni siquiera la extrema izquierda del partido, acaudillada por Largo Caballero, estaba a su lado para una intentona de ese tipo, y, desde luego, no podían contar con la CNT. ¿Cómo admitir que, en estas condiciones y cuando amenazaba un golpe derechista, hubiesen ideado y juzgado posible un intento descabellado por su parte?

Frente a la negativa de los interesados e incluso al comportamiento elocuente en este sentido de los gobernantes republicanos durante los días clave del estallido del Movimiento, en la propaganda unilateral realizada por espacio de varios lustros se recurrió a la exhibición de documentos probatorios. En dichos documentos —que no aparece nada claro dónde y cómo fueron encontrados ni quién los redactó— se precisan de una manera tajante no sólo los preparativos de esa revolución comunista, sino los nombres de quienes la dirigen y los altos cargos que han de ocupar una vez triunfante la intentona. Acaso convenga aquí reproducir el más importante de esos documentos, la llamada "Información confidencial número 2", en cuyos cuatro primeros párrafos podemos leer textualmente:

"Se confirman las fechas 11 de mayo o 29 de junio para la iniciación del movimiento subversivo,

según sea el resultado de las elecciones de Presidente de la República, según se indicaba en el informe anterior.



Durante una asamblea de huelguistas en el colegio de Maravillas, de Cuatro Caminos, Cipriano Mera advertiría sobre el gravísimo peligro de una inminente intentona reaccionaria.

Soviet Nacional: Presidente, Largo Caballero. Comisario del Interior, Hernández Zancajo, socialista. Comisario del Exterior, Luis Arquistain, socialista. Comisario de Trabajo, Pascual Tomás, socialista. Comisario de Instrucción, Eduardo Ortega y Gasset, del Socorro Rojo Internacional. Comisario de Agricultura, Zabalza, socialista. Comisario de Hacienda, Julio Alvarez del Vayo, socialista. Comisario de Guerra, teniente coronel Mangada. Comisario de Marina, Jerónimo Bugeña, socialista. Comisario de Indus-

tria, Baraibar. Comisario de Comercio, Vega, del Socorro Rojo Internacional. Comisario de Obras Públicas, José Díaz, comunista. Comisario de Propaganda y Prensa, Javier Bueno, socialista. Asesor de la Presidencia, Ventura Delgado, de la III Internacional.

La Plana Mayor del movimiento estará constituida por Largo Caballero, Hernández Zancajo y Francisco Galán. Los enlaces, en la forma siguiente:

Jefe superior, Ventura, de la URSS y la III Internacional. Cataluña, Pedro Aznar, Partido Catalán Proletario. Levante, Escadell, socialista. Baleares, Exarone, socialista. Canarias, Mitje, socialista. Andalucía, Bolívar, comunista. Castilla, José Luis y Andrés Manso, comunistas. Aragón, Pabón, de la CNT. Galicia, Romero Robledano, comunista. Asturias, Belarmino Tomás. Extremadura, Margarita Nelken".

La simple transcripción de unos párrafos del "documento" basta y sobra para descubrir la escasa fiabilidad del mismo. Es evidente que quien lo redacta sólo conoce de oídas los nombres que cita, ignorando de manera concreta a qué partido u organización pertenecen. Ningún socialista o comunista incurriría en el craso error de sostener que Mitje es socialista y Manso comunista. Indudablemente, se trata de una poco habilidosa falsificación que sólo puede convencer a quienes estén convencidos de antemano y lo desconozcan todo acerca de las organizaciones que se citan y de los procedimientos y técnicas conspirativas de cualquier tendencia.

Ya hace unos años que Ricardo de la Cierva negaba toda autenticidad a los famosos documentos en la página 709 de su "Historia de la guerra civil española". Antes y después lo han hecho una mayoría de historiadores dentro y fuera de nuestro país. En la página 706 de "No fue posible la paz", Gil-Robles elude la cuestión, pero reconoce, hablando de las semanas que precedieron al Alzamiento, que "el verdadero peligro no estaba en un movimiento de signo comunista, sino en el clima de anarquía que se respiraba por todas partes". Y Fernando Rivas, en un libro de reciente publicación titulado "El Frente Popular", en que no escatima ataques ni censuras a las izquierdas españolas, tiene que reconocer y proclamar en su página 328: "Ello no quiere decir que el comunismo significara un peligro cierto e inmediato para el Régimen republicano, pues por entonces, pese a sus indudables avances, sobre los que venimos insistiendo, no pensaba seriamente en un asalto al poder. Quizá —añade— a alguien le parezca extraña y gratuita esta afirmación, cuando tanto se ha hablado de ello y se ha expuesto como justificación del alzamiento militar del 18 de Julio". Es evidente que el

VISPERAS DE GUERRA

autor no se muestra nada convencido de lo que durante muchos años se ha repetido incansablemente. No obstante, considera oportuno y conveniente decirlo una vez más, porque, conforme sostiene en la página 329 de dicha obra, "hemos de consignarlo por su indudable validez para los lectores que se asoman al tema por primera vez, y, además, consignarlo con respeto, porque fue argumento definitivo para muchos hombres que murieron en los frentes y las cunetas por tan simple planteamiento".

Un programa "republicano" para el Alzamiento

Es original y peregrino el argumento utilizado por Fernando Rivas para seguir utilizando en una obra publicada en 1976 un hecho como la revolución comunista de hace cuarenta años, acerca del cual se tienen las dudas más fundadas. Especialmente cuando una página más adelante, en la 330, tiene que confesar: "Conviene decir que antes de que los comunistas empezaran a constituir una amenaza seria, ya calentaban motores los pilotos de la conspiración militar, y de ello debemos deducir que para todos el

Alzamiento giró alrededor del miedo al marxismo". Es indudable la primera afirmación, aunque cabe discrepar de la deducción que se pretende sacar de ella. La intentona de Sanjurjo en 1932 y la visita a Mussolini en 1934 de los representantes de la TYRE (tradicionalistas y Renovación Española) en demanda de ayudas y auxilios, se anticipan en varios años a la pretendida conjura comunista de 1936. Pero conviene precisar y señalar que estas conspiraciones iban dirigidas esencial y casi exclusivamente contra la República. También contra la República van dirigidas las que a finales de invierno y comienzos de primavera del 1936 encabezan los generales Orgaz y Varela. Más tarde, cuando, a raíz del fracasado golpe del 19 de abril, se hace cargo de la dirección del Movimiento el general Mola, la situación varía.

Se trata de un aspecto de la conspiración preparatoria del Movimiento del 18 de Julio, sobre el que una mayoría de historiadores ha pasado con excesivas prisas, sin subrayar la importancia que indudablemente tiene. Sea porque don Emilio Mola Vidal, luego de su paso por la Dirección General de Seguridad durante la Dictablanda, no siente grandes simpatías por la Monarquía, o porque, dadas las circunstancias que vive España, desconfía de las posibilidades de triunfo de enarbolar únicamente una bandera dinástica —máxime cuan-

do los monárquicos están divididos entre alfonsinos y carlistas—, la realidad es que trabaja desde que se pone al frente de los preparativos por atraerse a personas, sectores o partidos que, sin excesivo entusiasmo por la realeza, están abiertamente en contra de la situación izquierdista, representada por los Gobiernos del Frente Popular. Así no tiene inconvenientes en sumar a la conspiración, aparte de los grupos que llevan años maniobrando contra la República, a cedistas, agrarios y conservadores de todos los matices que —nominalmente al menos— han reconocido al Régimen vigente y colaborado con los gobernantes del segundo bienio. Procura también estrechar las relaciones y los compromisos con los afiliados de Falange, que, sobre no declararse abiertamente monárquicos, hablan constantemente de realizar su revolución.

Mola amplía considerablemente el campo conspirativo, logrando muchas y valiosas colaboraciones que habrán de influir decisivamente en la suerte del Alzamiento en algunas poblaciones vitales. Pero a su vez ha de hacer grandes concesiones, elaborando un programa que difiere bastante del que Sanjurjo propugnaba en 1932 y más aún del de los monárquicos que hablaron con Mussolini en 1934. Ese programa, en que se propugna la continuidad del régimen republicano, aparece claramente expuesto

en la "Instrucción reservada" que con fecha 5 de junio remite Mola a los principales comprometidos, y que dice así:

"Tan pronto como tenga éxito el Movimiento Nacional, se constituirá un Directorio, integrado por un Presidente y cuatro vocales militares. Estos últimos se encargarán precisamente de los Ministerios de Guerra, Marina, Gobernación y Comunicaciones. El Directorio ejercerá el poder con toda su amplitud; tendrá la iniciativa de los Decretos-Leyes que se dicten, los cuales serán referendados en su día por el Parlamento Constituyente, elegido por sufragio, en la forma que oportunamente se determine. Al frente de los Ministerios no consignados anteriormente figurarán unos consejos técnicos, quienes ejercerán las funciones que hoy tienen los ministros. Los Consejos que celebre el Directorio podrán ser Ordinarios o Plenos. Los primeros los integrarán el Presidente y los vocales; los segundos, los citados y los consejeros técnicos".

La "Instrucción reservada" puntualiza a continuación qué puntos abarcarán los primeros Decretos-Leyes que se promulguen, señalando entre las medidas adoptar urgentemente la suspensión de la Constitución de 1931, el cese del Presidente de la República y de los miembros del Gobierno, la derogación de Leyes, disposiciones y reglamentos que no estén de acuer-



Una de las colaboraciones más valiosas que consigue Mola en los meses que preceden al Alzamiento es también la más inesperada: la del general Queipo de Llano, activo conspirador republicano en 1930.



Poco antes de la insurrección viajarían a Pamplona, aparte de las figuras más destacadas del tradicionalismo, varios mensajeros de la UME, los generales Fanjul y Kindelán... Sobre estas líneas, Fanjul con Gil-Robles.

do con el nuevo sistema orgánico del Estado, la disolución de las actuales Cortes y la exigencia de responsabilidades por los abusos cometidos desde el poder por los gobernantes del Frente Popular, la atribución al Directorio de todos los poderes del Estado, excepto el judicial, y el restablecimiento de la pena de muerte. Tras enumerar todas estas medidas, la "Instrucción" concluye afirmando:

"El Directorio se comprometerá durante su gestión a no cambiar el régimen republicano, mantener en todo las reivindicaciones obreras legalmente logradas, reforzar el principio de autoridad y los órganos de defensa del Estado, dotar convenientemente al Ejército y a la Marina para que tanto uno como otra sean suficientes, creación de Milicias Nacionales, organizar la instrucción premilitar desde la escuela y adoptar cuantas medidas estime necesarias para crear un Estado fuerte y disciplinado".

Este programa moderado que Mola expone a sus colaboradores difiere radicalmente de lo que posteriormente se entenderá como "espíritu del 18 de Julio". En realidad, el programa experimentó en los días anteriores al comienzo de las hostilidades profundas modificaciones, dada la resistencia que oponen a su aceptación los elementos tradicionalistas, encabezados por Fal Conde. En cualquier caso, ese programa puede explicar e incluso justificar algunas posturas y actitudes de los días iniciales de la lucha. Incluso que hubiera quien se sublevase enarbolando la bandera tricolor y vitoreando a la República.

Dos generales y un coronel decisivos

Una de las colaboraciones más valiosas que consigue Mola en los meses que preceden el Alzamiento es también la más inesperada de todas: la del general don Gonzalo Queipo de Llano. Activo conspirador republicano en 1930, desempeña posteriormente los cargos de mayor confianza del nuevo Régimen y ocupa cuando se incorpora al Movimiento en perspectiva la Inspección General de Carabineros. Hombre decidido y audaz, Queipo desempeña un papel de primer orden en la conspiración por reunir condiciones que no se dan en ningún otro de los comprometidos. Puede moverse y actuar con absoluto desembarazo porque nadie desconfiaba de su ardiente y probado republicanismo. Tiene incluso una ventaja adicional: su enfrentamiento con el propio Mola, al que ataca

en su libro "El movimiento reivindicativo de Cuatro Vientos", en que contesta a lo afirmado por el ex director general de Seguridad en su obra "Lo que yo supe". El acuerdo entre los dos adversarios de diciembre de 1930 se establece en varias entrevistas celebradas con posterioridad a la destitución de Alcalá Zamora —consuegro de Queipo— como Presidente de la República. Aparte de su participación personal en la conjura, el futuro sublevado de Sevilla sirve de intermediario para que otro general republicano preste todo su apoyo y colaboración al Alzamiento. De la importancia que tiene para el Movimiento la participación del general don Miguel Cabanellas es buena demostración que será el único jefe de las ocho divisiones militares en que está dividida la Península que se sumará abiertamente al Movimiento, logrando dominar desde el primer momento una ciudad con tanta tradición revolucionaria como Zaragoza.

Es curioso y significativo, especialmente teniendo en cuenta los posteriores ataques a la República y a los republicanos, y muy especialmente a la masonería y a los masones, que el general de mayor antigüedad y graduación que se suma al Alzamiento sea o haya sido republicano y masón, circunstancia que también se da en Queipo de Llano. Porque son estos dos generales, al dominar en los comienzos de la guerra civil las ciudades de Sevilla y Zaragoza, quienes impiden que el Alzamiento sea aplastado en los primeros días de lucha. Algo parecido puede decirse del coronel Aranda, de clara tendencia socialista y amigo personal de Prieto, quien logra adueñarse de la ciudad de Oviedo. Los dos generales y el coronel influyen decisivamente en el éxito del pronunciamiento y consiguen triunfar en sus respectivos cometidos, aparte sus cualidades personales, por su significación política y la confianza que en ellos tienen las autoridades republicanas.

¿Qué condiciones ponen o qué ideales defienden los generales y el coronel al incorporarse a la conspiración? Se ha hablado muy poco de esto, aunque cabe colegir que esté reflejado en el programa político de la "Instrucción reservada" que Mola transmite a sus colaboradores. Algo de ello se dice en un artículo publicado por don Manuel Fal Conde en el "ABC" de Sevilla en 30 de abril de 1968, en que se da a entender que las condiciones puestas por Cabanellas, aparte el mantenimiento del régimen republicano, prevían incluso al cabo de cierto tiempo la constitución de un Ministerio conservador presidido por Miguel Maura.



Fal Conde, representante de Javier de Borbón-Parma, muestra pretensiones hegemónicas inaceptables para Mola. En la foto, el portavoz nacional de los carlistas.



En el transcurso de las maniobras militares desarrolladas en julio de 1936 en el Llano Amarillo, Marruecos, se ultimaron los más mínimos detalles para el Alzamiento. En la foto, uno de los participantes: el entonces teniente coronel Yagüe.

Conspiración durante las fiestas

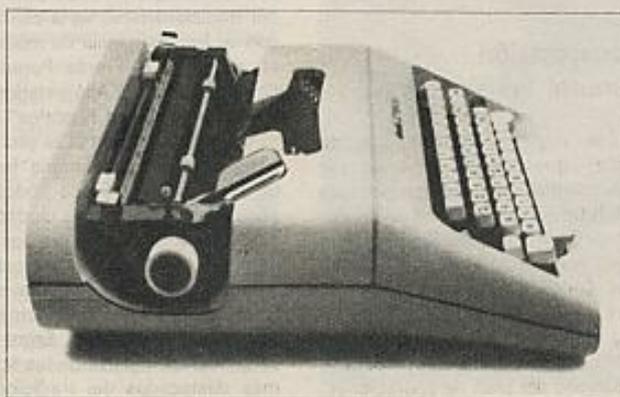
Los trabajos conspirativos de Mola —que lleva la dirección del Movimiento, aunque la presidencia del futuro Directorio haya de desempeñarla don José Sanjurjo, que sigue residiendo en Estoril— están casi concluidos a comienzos del mes de julio de 1936. De acuerdo una mayoría de guarniciones, se cuenta con su firme apoyo para el desarrollo del plan de operaciones, que hará confluir en Madrid —don-

de Mola desconfiaba del triunfo en los primeros momentos— diversas columnas procedentes de Zaragoza, Burgos y Valladolid, aparte el Ejército de África, que, tras ser trasladado rápidamente a Málaga, Algeciras y Cádiz, emprenderá la marcha hacia el Norte, reduciendo su paso cualquier foco de resistencia en Andalucía, Extremadura o la Mancha. Tan sólo queda designar a los generales o jefes que tomarán definitivamente el mando en determinadas capitales y sosegar a dos de los grupos políticos que intervendrán en el Alzamiento. José Antonio, jefe de la Falange, preso en Alicante, expone en diversas cartas y documentos sus recelos respecto al papel que van a desempeñar los hombres de FE y de las JONS. Con todo, el conflicto más grave, el que impone algunos retrasos en la fecha de iniciación del Movimiento y puede dar al traste con todo, es la actitud de los tradicionalistas. O, más concretamente, de don Javier de Borbón-Parma, nombrado en enero regente de la dinastía por su tío don Alfonso Carlos, y el delegado nacional, nombrado por el príncipe francés, don Manuel Fal Conde.

Los tradicionalistas tienen considerable fuerza en Navarra, donde en las elecciones de febrero lograron sacar cuatro diputados con más de 80.000 votos. Disponen de una nutrida organización paramilitar con algún armamento y mandos perfectamente preparados. Mola está en las mejores relaciones con la Junta Regional Carlista, pero don Javier de Borbón-Parma y, en su nombre y representación, Fal Conde tienen pretensiones que el general considera desorbitadas. Quieren ser ellos quienes controlen y dirijan políticamente el Alzamiento. En varias entrevistas que Mola celebra con José Luis Zamanillos, primero, y con Fal Conde, después, se ponen de relieve diferencias insuperables. Irritado por su actitud, Mola recurre a Sanjurjo y al mismo tiempo dirige al delegado nacional carlista una dura carta, en la que dice textualmente: "El precio que usted pone para su colaboración no puede ser aceptado por nosotros. Al Ejército le interesa la salvación de España, nada tiene que ver con la ambición de los partidos". "El tradicionalismo va a contribuir con su intransigencia de modo tan eficaz como el Frente Popular al desastre español. Allí ustedes con su responsabilidad histórica".

Cuando estas cartas se escriben, Pamplona vive la semana festera de San Fermín. Como todos los años, han acudido a la ciudad millares de forateros, entre los que pasan totalmente inadvertidos quienes viajan a la capital navarra a fin de recibir las últimas instrucciones para el Alzamiento. Entre ellos se encuentran, parte de las figuras más destacadas del tradicionalismo, varios mensajeros de la UME, ▶

¿Final de curso, vacaciones? La escritura es un regalo



Mi hermana pensaba regalarme unos patines
Mi madre una raqueta
Mi padre un ajedrez
Yo he preferido una portátil Olivetti

**Una línea completa de nuevas
portátiles Olivetti**
Lettera 25, Lettera 32, Lettera 35, Lettera 36

olivetti

VISPERAS DE GUERRA

los generales Fanjul y Kindelán y los falangistas Hedilla y Garcerán. A espaldas de Fal Conde, Mola se entrevista con el conde de Rodezno y con la Junta Regional Carlista, que se muestran menos exigentes que el delegado nacional, limitándose a pedir que el Alzamiento se haga con la bandera bicolor, petición que el general se apresura a aceptar. En los mismos días, Sanjurjo recibe en Estoril la visita de Lizarza y escribe sendas cartas a Fal Conde y a Mola procurando limar las diferencias entre ambos.

Mientras, la fecha del Alzamiento experimenta diversos retrasos, debidos fundamentalmente a las discrepancias con los elementos tradicionalistas. Del día 10 de julio señalado en principio, se aplaza para el 14, y sólo el 15 se fija definitivamente el 17 como día en que las Fuerzas de Africa han de lanzarse resueltamente a la acción. Precisamente el viernes 10, cuando están en su apogeo las fiestas pamplónicas de San Fermín y Mola trabaja contra reloj para aunar voluntades a punto ya de emprender la acción, el general tiene que alejarse unas horas de Pamplona para una difícil entrevista. Se trata del general Batet, comandante de la VI Región Militar, de la que depende Navarra, que le cita para una reunión reservada y solitaria en las proximidades de Estella, al pie del Montejurra y en el monasterio de Irache.

En 1934, don Domingo Batet, que está al frente de la IV División Orgánica, aplasta en pocas horas la sublevación de la Generalitat catalana del 6 de octubre. Republicano de sentimiento, fiel en todo momento a la promesa empeñada, Batet se dispone a aplastar ahora, con la misma energía que lo hizo en Barcelona dos años atrás, cualquier intentona subversiva. Llama a Mola para advertirle, diciendo algo más al tiempo. De Madrid le avisan que el ex director de Seguridad es uno de los elementos dirigentes del movimiento militar que se prepara. Mola niega la especie, afirmando su exigente sentido de la disciplina, que le hace acatar sin discusión cualquier régimen que se dé el país.

—Si la revuelta fuese realidad —le apremia Batet— y fiándome en su palabra de no estar comprometido, ¿cuál sería su actitud?

—Le aseguro —responde equívoco Mola— que no estoy comprometido en ninguna aventura.

(El "Director" de los preparativos del Alzamiento repetirá orgulloso lo dicho en esta ocasión como prueba de habilidad e ingenio. No miente, porque está firmemente convencido de que el Movimiento

en perspectiva no es ninguna aventura.)

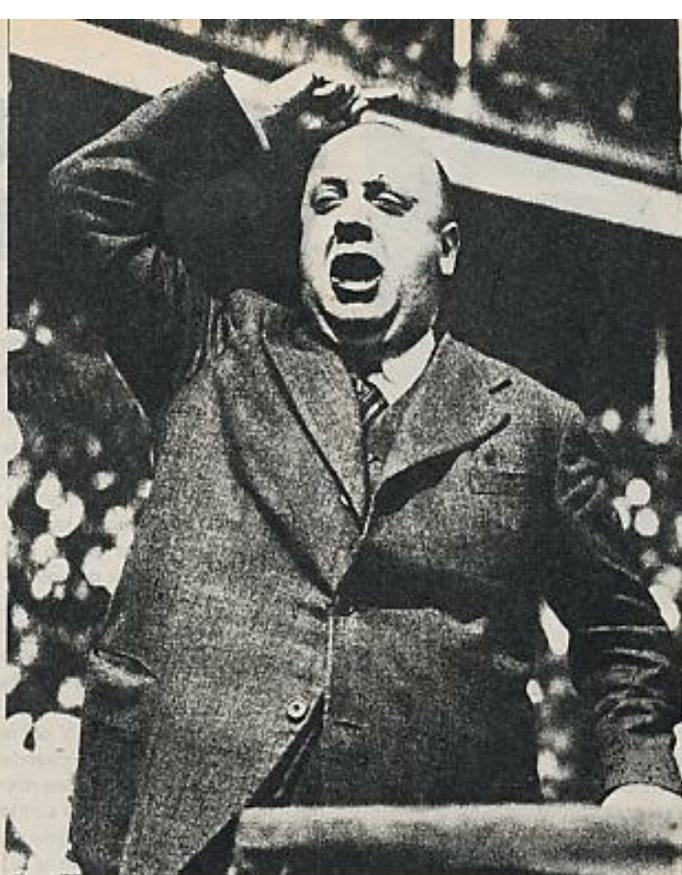
La entrevista entre ambos generales se prolonga durante hora y media. Al final, Mola vuelve a Pamplona para seguir ultimando sus trabajos. Batet retorna a Burgos, donde unos días después será arrestado y posteriormente fusilado.

La semana del 5 al 12 de julio de 1936 se desarrollan unas grandes maniobras militares en el Llano Amarillo, en Marruecos. Asisten a las mismas una mayoría de las Fuerzas españolas destacadas en Africa y muy especialmente las unidades de Regulares y Legionarios. Las presencian los generales Gómez Morato y Romerales, comandante de las Fuerzas africanas el primero y de la zona de Melilla el segundo, y el señor Alvarez Buylla, alto comisario de España en Marruecos. En el transcurso de las maniobras se ultiman los más mínimos detalles para un Alzamiento que sólo tardará unos días en producirse. Los tenientes coroneles Yagüe, Seguí y Juan Bautista Sánchez, los comandantes Castejón y Ríos Capapé y la casi totalidad de los jefes y oficiales destacados en el Protectorado están comprometidos en el Movimiento. Es sobradamente conocida la anécdota de que durante el banquete con que el día 12 se celebra el final de las maniobras, no pocos oficiales empiezan a pedir "café" desde antes de empezar a comer. A quienes, ajenos a lo que sucede a su alrededor, se sorprenden de tan extraña petición, se les explica el caso diciendo que son unos jóvenes que están un poco bebidos. En realidad, la palabra "café" tiene aquí el significado de un grito subversivo: "¡Camaradas, arriba Falange Española!".

Terminadas las maniobras, el alto comisario telegrafía a Madrid señalando la completa normalidad reinante en el Ejército de Africa. Una semana después, tanto él como los generales Gómez Morato y Romerales no estarán en condiciones de lamentar siquiera el error cometido.

Un Gobierno cruzado de brazos

Las actividades de los conspiradores no pasan ni pueden pasar totalmente inadvertidas. Por grande que sea su cuidado, es inevitable que alguien se entere de tantos viajes, entrevistas, conciliábulos y planes. Si entre cincuenta personas resulta difícilísimo guardar un secreto, entre diez mil o doce mil es totalmente imposible. Autoridades dependientes del Gobierno y fieles a su deber descubren muchos hilos de la conjura; militares de la Unión Militar Republicana se dan cuenta de los manejos de sus camaradas



Indalecio Prieto, cuyas claras advertencias no quiso escuchar Casares Quiroga.

de la Unión Militar Española; millares de miembros de los partidos afectos al Frente Popular o de los sindicatos obreros se enteran de una y otra forma de la conjura en marcha. Una mayoría, de manera reservada unas veces, en forma pública otras, en informaciones periodísticas y discursos de mitin e incluso de Parlamento, se apresuran a denunciar a los gobernantes el peligro que amenaza al Régimen. Algunas denuncias son fruto de imaginaciones calenturientas; la mayoría, tienen un fondo cierto y se apoyan en hechos tan graves como indudables. Ninguna, sin embargo, da el menor fruto.

Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, no presta la menor atención a cuantos, civiles o militares, le señalan la proximidad de un movimiento. Peor aún: suele despedirlos de mala manera, casi siempre con algún comentario despectivo hacia su inteligencia o valor personal. En la página 163 de su obra "Convulsiones de España", publicada en 1949, Indalecio Prieto cuenta su choque con Casares como consecuencia de sus repetidos avisos respecto a la inminencia de la sublevación. "Primero —escribe— avise confidencialmente al jefe del Gobierno, que no creía en ella. Notaba yo el enojo que le producían mis advertencias, pero me sentía obligado a soportarlo. Sólo les puse término una tarde, cuando, en el despacho de ministros del Congreso, el presidente del Congreso, no pudiendo contener su enfado, dijo con desabrimiento:

—¡Deje de fastidiarme! Lo que usted se imagina es producto de la menopausia".

Son varios los que en los meses de junio y julio de 1936 pueden contar anécdotas parecidas luego de entrevistarse con Casares Quiroga. A todos les resulta totalmente inexplicable su conducta, en hombre cuya resolución oral está en flagrante contraste con su indecisión efectiva. Cabe achacarle muchas y graves responsabilidades en la tragedia espantosa que no fue capaz de evitar, pero acaso no todas las culpas sean exclusivamente suyas. En la página 132 de su obra "Cambio de rumbo", el teniente coronel Hidalgo de Cisneros afirma que Casares "no daba un solo paso sin consultar con Azaña", y cuenta lo sucedido en una ocasión en que, acompañado del jefe del Gobierno, quiere denunciar al Presidente de la República una conspiración de la Escuela de Vuelos de Alcalá de Henares, y don Manuel le interrumpe a las primeras de cambio, sin dejarle hablar:

—Después de lo que usted ha presenciado —le dice minutos más tarde Casares— podrá darse cuenta de lo difícil que es para mí tomar medidas contra los sospechosos.

Como Casares Quiroga no toma contra ellos las medidas precisas, acaso porque Azaña —conforme consigna en sus Memorias correspondientes al 19 de febrero de 1936— "no cree que haya ninguno dispuesto a jugarse nada en serio", la conspiración sigue adelante con el angustioso resultado que todos conocemos. ■ E. DE G.